

Expón, que algo queda

A stylized profile of a face is depicted using various geometric shapes and lines. The face is composed of a large, light brown trapezoidal shape. A dark red circle is positioned where the eye would be, with several overlapping black lines above it suggesting eyelashes or a thought process. A dark teal rectangle covers the area where the nose and mouth would be. A white rectangular box is placed below the nose area, containing the author's name. A thick dark red L-shaped block is at the bottom left. A thin orange vertical bar is on the far left. A thin grey horizontal bar is above the teal rectangle. A black line curves from the top right, around the eye, and down to the mouth area.

Eduardo Moga

EDUARDO MOGA

EXPÓN, QUE ALGO QUEDA

Prólogo de
JESÚS AGUADO

EDUARDO MOGA EN EL MUSEO

por Jesús Aguado

— Uno —

EDUARDO MOGA es una de las personas más inteligentes que conozco. La suya, además, es una inteligencia inclusiva, abarcadora, tenaz, dúctil, informadísima, maravillada. Una inteligencia, también, hambrienta, devoradora y sin remilgos que lo metaboliza bien todo, incluso lo que habría envenenado a otros. Una inteligencia que siempre sale airosa de sus incansables incursiones por los mundos de las formas, las ideas o las palabras gracias a otras cuatro virtudes complementarias: lucidez sin asperezas, sentido crítico sin concesiones (aunque no exenta de cortesías cuando las circunstancias lo requieren), ironía (y autoironía, ésta servida en raciones pantagruélicas cuando toca) sin trampas para osos (excepto si los osos enseñan antes la garra, que tampoco es persona de so-

portar zarpazos sin revolverse), y una genuina y honda sensibilidad a prueba de menoscabos, mercadeos, astigmatismos o rabias.

La inteligencia de Eduardo Moga echa fuego. Y el fuego necesita ser alimentado, muy especialmente con libros: los que escribe (uno de los mayores poetas del tiempo presente, aunque también ha firmado varios volúmenes de viajes o de artículos), los que traduce (innumerables, pero qué portento su versión de los poemas completos de Walt Whitman), los que reseña (cientos o miles espolvoreadas por revistas y periódicos), los que lee por placer (omnívoro porque curiosísimo y viceversa).

Pero no solo con libros, como demuestra éste que el lector tiene en sus manos y que es una recopilación de visitas a exposiciones y museos, treinta, que el autor ha hecho en los últimos años. En él los cuadros, las esculturas y los objetos que ha ido encontrando y analizando en sus salas han acabado chisporroteando (como virutas unos, como troncos otros: cada cual según su tamaño, su peso y su poder ignífugo) en el gran horno de su inteligencia. En esto le recuerda a uno lo que hizo Phileas Fogg, el protagonista de *La vuelta al mundo en 80 días*, esa novela iniciática de Jules Verne, con el barco de vapor que le transportaba, en una última etapa angustiada, desde la costa norteamericana hasta la inglesa: desman-

tellarlo para que cada una de sus piezas (mástiles, suelos, puertas, pasamanos, escalones, cuadernos de bitácora, botes de salvamento, cajas, maromas, velas, etc.) contribuyera a que unas calderas exhaustas que, gracias a ellas, vuelven a alcanzar su pleno rendimiento continuaran ayudando a propulsar la nave hasta alcanzar su destino. Eduardo Moga, impaciente y resolutivo como su antecedente británico (siendo lo británico uno de los ejes de su formación y lugar de residencia de muchas de sus mejores pasiones bibliográficas y biográficas), sabe que tiene que ganar una apuesta, quizás la de llegar a tiempo a sí mismo (coincidir con uno mismo es, da igual cómo se enfoque esto, el objetivo de la mayoría de las filosofías y de las religiones), y que para ello no hay segundos que perder ni pertrechos de los que no merezca la pena deshacerse.

— Dos —

Eduardo Moga en el museo mira y se desplaza casi siempre acompañado, lo que es en sí mismo muy significativo. La compañía es importante para él. La vida es compartir, y la cultura, por su parte, si no la compartimos corre el peligro de convertirnos en seres mostrencos, en parte del

mobiliario (por muy exquisito que sea) del mundo, en la alcayata que sujeta un paisaje a la pared. Acompañado, además, para que ese museo se parezca lo más posible a un parque, a la orilla paseable de un río; para que no se alce sobre él y le mastique con sus dientes de oro; para que, en caso de desorientarse, el otro o la otra le sirvan de brújula, de apoyo, de medicina, de cielo abierto. Esto, ya se intuye, es una crítica implícita a la museística, esa disciplina roñosa que domestica el genio y lo estabula para que, bien engordado por las masas de visitantes, siga produciendo réditos en el mercado del capital simbólico, del propiamente económico y del social. Una crítica paradójica porque a Eduardo Moga, esto es evidente, le encantan los museos. Pero esa paradoja queda resuelta cuando se adentra en ellos junto a alguien cercano (una persona, máximo dos) porque entonces el protagonismo no recae en el continente o el contenido, que acaban siendo intercambiables, pretextos para la divagación y el entusiasmo y el estudio y la epifanía de una metáfora, sino en el hecho de ejercitarse en la mirada y en el desplazamiento junto a alguien más. Sólo en tres de estos textos, si no he contado mal, Eduardo Moga está solo, y entonces se le nota algo mustio, desapacible, enredado, literalmente al borde (como en el precipicio que se presiente en ella, como en uno de sus alféizares) de la felicidad. La cultura

muerta necesita el boca a boca de la amistad viva para que siga teniendo sentido.

— Tres —

Como se ve echando un rápido vistazo al índice, a Eduardo Moga le interesa cualquier clase de exposición y de museo. Y a todos les dedica escritos serios, repletos de detalles pertinentes, dinámicos. Pero en algunos de ellos encuentra algo diferente que apela a zonas más activas y propias de su inteligencia. Los paisajes «industriales y desolados» de Pendlebury y Salford de L. S. Lowry y sus hombres-cerilla, el sorprendente surrealismo de Lee Miller en un país que considera el «subconsciente algo superfluo y de mala educación», los retratos pre-psicoanalíticos de Goya, el esencialismo y los bumeranes casi filosóficos de los indígenas australianos, los genitales mínimos de las esculturas griegas, los dadaístas rusos y la venganza de los museos cuando exponen a quienes como Tatlin previeron su muerte cercana, o las inmensidades de Jaume Plensa tanto en lo sublime como en lo escatológico. También Caravaggio (a medias esteta y a medias gañán), Brueghel, Sorolla (aunque ahí puede más la angustia de la desaparición de su compañera), Rubens,

lo difuso como categoría existencial y geográfica a propósito de Turner y Matisse (en cuyos papeles recortados Moga se proyecta y se analiza como si fueran láminas del test de Rorschach). Y los celtas, los vikingos, las momias. Al lado de todo esto, máquinas expendedoras de libros, melancolías, bromas, el sol y la lluvia, anécdotas sobre otros visitantes, los alrededores y las insignificancias, el trayecto de ida o de vuelta, una nota quizás para un poema: lo pequeño refutando lo grande, los exteriores ahistóricos reclamando su derecho frente a los interiores eternos, las subjetividades poniendo en su sitio lo objetivo, es decir, lo irrefutable y lo bendecido, lo consagrado y lo fijado por el tiempo, lo mayúsculo y lo indiscutible.

— Cuatro —

En su visita a la exposición sobre Auschwitz, donde está a punto de llorar (está solo, por cierto), aprovecha para refutar a Adorno afirmando, en lo que creo que es una de las mejores reflexiones del libro, que «escribir poesía después de Auschwitz es un acto de civilización, el más exquisito y necesario que pueda haber, el más redentor. (...) Cuanta más poesía se escriba, menos posibilidades habrá de que se repita un espanto como Auschwitz». Es-

tos textos son también poesía: la poesía del visitante de museos que no quiere que se repita ningún Auschwitz; la poesía como inventario de la vida que, para serlo, ha de fugarse hacia algún sitio sin paredes, portones ni alarmas; la poesía descargada sobre la página como prosa o viñeta de circunstancia o crónica de un recorrido pero que transmite fulguraciones poéticas, la inteligencia de una de las mejores mentes de mi generación.